

EL TEATRO

DIRECTOR
José del Perojo

ADMINISTRACIÓN
57, SANTA ENGRACIA, 57



JUAN JOSÉ.—ACTO III.—SR. VALLÉS (Cano) y SR. THULLER (Juan José),

FOTOGRAFIA COMPAÑY

1911

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

EL TEATRO

Núm. 11

SEPTIEMBRE 1091



JUAN JOSÉ.—ACTO III.—SR. VALLES (*Cano*) Y SR. THUILLER (*Juan José*),

FOTOGRAFIA CCMPAÑY



Estas fechas, una crónica de teatros tiene que serlo, más que de sucesos realizados, de anuncios de sucesos próximos. Las imperiosas vacaciones del estío rezan también con el teatro en general, aunque no con los cómicos en particular, pues cuando acaban en Madrid comienzan á trabajar en provincias, sin permitirse aqueila temporada de reposo que han menester, por lo menos una vez en el año, cuantos realizan una labor intelectual, siquiera sea tan poco intensa como la que suelen hacer nuestros cómicos. La mayoría de éstos necesita trabajar durante todo el verano, porque á pesar de ganar buenos sueldos, casi todos viven al día consumiendo cuanto ganan. Para algunos, las excursiones por provincias son las que producen ingresos que luego se gastan en las estériles y ruinosas temporadas de Madrid.

¿Cómo será la de 1901 á 1902? Ello dirá, pues hasta ahora poco hay definitivamente acordado. No es conocer mucho el saber qué artistas componen las compañías de la Comedia y del Español, pues cuando los cómicos no son por sí solos bastante para asegurar el éxito de un negocio teatral, ¿qué se adelanta con conocerlos mientras no sepamos lo que darán de sí los autores y el público? ¿Quién hubiera sido capaz de augurar el año pasado á la compañía de Berriatúa en el Español el gran negocio que constituyó la temporada, debido exclusivamente á *Electra*, y más que por lo que en ésta puso su autor, por lo que el público le añadiera? Tan decaída está la afición al arte grande, al verdadero arte teatral, que no habría compañía dramática que pudiera sostenerse una temporada solo con el repertorio, así lo compusiera de las obras más aplaudidas del teatro antiguo, del moderno y del contemporáneo.

Ninguna de las dos compañías cuyas listas han sido ya publicadas pueden constituir negocio por sí solas. De la de la Comedia ha desaparecido García Ortega, sustituyéndolo Morano, que es un actor estimable, pero á quien falta bastante para ser un primer actor á pocas dificultades que tenga el papel que se le confie. Mas realmente, no es este el defecto capital de la compañía de la Comedia. Yo veo ese defecto en que no hay allí un «director». Podrían serlo Vallés y Rubio: ambos tienen talento y experiencia de la escena bastantes para enseñar y conducir á sus compañeros; pero estoy seguro de que á los dos falta aquella tenacísima voluntad que es menester para manejar un grupo de cómicos en estos tiempos en que todos se hablan de tú. Aquel escenario que conquistó su gloria merced á que hubo en él un director de directores, Emilio Marió, hállase ahora huérfano de una autoridad indiscutida que á cada persona, á cada palabra, á cada gesto y á cada cosa señale el lugar que debe ocupar para que entre todos produzcan bello conjunto.

Por muy cordiales que sean las relaciones entre los artistas de aquella compañía, siempre hará falta en ella un verdadero «primero» en el poder y en el querer, por-

que el arte, que es lo más liberal que se conoce, es á la vez lo más reñido con toda anarquía. Esa situación de compañía acéfala es tanto más deplorable en la Comedia, cuanto que hay allí un capullo de artista necesitado de muchos cuidados para que de él brote una gran actriz, nuestra mejor actriz de comedias, que tal sería bien encaminada la señorita Bremón. Abandonada á sus solas fuerzas, ó caerá en la tentación de imitar á sus compañeras ilustres, malogrando sus facultades para crearse estilo propio, ó lo formará malamente y tanto peor cuanto mayor sea el trabajo que los autores le repartan...

La compañía del Español es mucho mejor que la del año pasado. Cármen Cobeña y Thuiller son buena base de compañía; pero, lo de siempre, constituyen un solo cuadro, y con esto no hay manera de hacer teatro, y menos teatro español. No habrá drama ni comedia que no requiera la cooperación de los dos, y eso representa un trabajo que ningún artista puede hacer bien por muy alto que ponga la inteligencia y la voluntad. Tampoco en esa compañía faltan peligros de anarquía. Fruto es ella de una reconciliación, y consorcio que una vez se deshizo tarde ó nunca se compone. La convivencia de la señora Cobeña y de la señorita Moreno ocasionada es á resquemores de esos que en el teatro agiganta la falta de una absoluta autoridad. Autor es el marido de la primera actriz, y ese es otro resquicio por donde puede asomar la anarquía que diera al traste con la flamante tropa.

Pero, lo repito, estas cosas crearán dificultades; mas no depende de ellas el éxito final de la contienda. El problema está en lo que hagan los autores. En esa constante pelea de autores y cómicos que mutuamente se echan la culpa del desvío del público respecto del teatro serio, voto resueltamente con los cómicos, sin que por esto los absuelva de sus defectos, personales los unos, frutos del medio los otros y, por tanto, de imposible curación mientras no sea saneado y renovado el ambiente en que viven.

El público y la literatura andan en España divorciados desde hace mucho tiempo con detrimento de la cultura del primero y de la prosperidad de la segunda. En todas partes del mundo se ensancha más cada año el mercado literario, lo mismo para el periódico que para el libro. En España, por el contrario, parece como que se encoge, y ni los periódicos aumentan su tirada normal, ni los literatos el número de lectores de sus obras. Y creo que ya se puede resolver el problema planteado por *Figaro*: ¿no se lee porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee? Parece fuera de duda lo primero: no se lee porque no se escribe á gusto del lector. ¿La prueba? Preguntémoslo á los directores de periódicos: ¿no es cierto que cuando un suceso cualquiera, aunque sea del tamaño del sorteo de la lotería, despierta la curiosidad del público, aumenta la venta de los papeles, ya diarios, ya semanales? ¿Y qué demuestra esto sino que hay público, faltando únicamente quien sepa tenerlo siempre despierto, sin necesidad de que á ello

colabore el azar? Pues respecto del libro, el éxito de *«Quo vadis?»* demuestra que hay lectores. Diez ó doce versiones se han publicado en España de la novela de Siemkiewitz. Entre todas han colocado unos sesenta mil ejemplares, sin contar que algunos diarios la han dado en su folletín. ¿Hay, ó no hay lectores? Y lo mismo en el teatro.

¿Por qué son tan raros los aciertos de los autores, que

muchedumbre: el libro que pueda enseñarle algo, y la realidad en la que todo puede aprenderse. Pues nuestros autores apenas leen y casi no miran. Leen sus obras y las de sus amigos, ó las que adquieren con fines sinietros de fusilamiento, y no miran más que á la propia gloria que no se consolida, ó al propio bolsillo que no se colma. El filósofo y el poeta podrán aislarse en su propio pensamiento: el autor dramático, no. Su labor no



ELENA FONS, CANTANTE DE ÓPERA

se pasan temporadas enteras sin que una obra produzca diez verdaderos «lentos»? Pues porque público y autores andan cada uno por su lado, y sólo de tarde en tarde, y acaso por casualidad, encuentran un punto de contacto para su pensar y su sentir. Con un poco de sinceridad y un mucho de observación bastaría para hacer más frecuentes esas coincidencias dichas que constituyen los éxitos grandes y duraderos. Dos fuentes de renovación hay para el autor que necesita vivir en contacto con la

puede ser un monólogo: es un diálogo, y su capacidad para triunfar está en razón directa del número de personas que en él participan. El dramaturgo que habla y se entiende con la muchedumbre, á la muchedumbre tiene por espectador y entusiasta de sus obras. A autores que se contentan con entenderse con ellos mismos y con sus amigos, ¿quién sino ellos y sus amigos han de aplaudir?

SALVADOR CANALS



JUAN JOSE.—ACTO II.—ESCENA VIII.—*Juan José* (SR. THUILLER), *Andrés* (SR. BALAGUER), *Toñuela* (SRTA. SUAREZ) Y *Rosa* (SRTA. MARTINEZ)

JUAN JOSÉ

DRAMA EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS, ORIGINAL DE DON JOAQUÍN DICENTA

NO ha de limitarse EL TEATRO á dar cuenta de los estrenos que últimamente se verifiquen. Entra en los proyectos de la dirección de esta revista, aprovechar aquéllos momentos en que la actualidad teatral no ofrezca grandes alicientes, para resucitar en estas páginas el recuerdo de obras que hoy figuran en el repertorio y que cuando fueron estrenadas, hace algunos años, obtuvieron los justos aplausos del público y de la crítica.

Entre estas obras figura en primer término *Juan José*, el célebre drama de Dicenta cuyo ruidoso éxito aún no ha palidecido, á pesar de hacer ya cerca de siete años que se verificó el estreno, y que todavía figura en los carteles todas las temporadas, con los bríos de las obras que nunca envejecen.

Ofrecemos hoy, pues, á nuestros lectores una completa información del estreno de *Juan José*, hecha por los mismos artistas que interpretaron la obra por primera vez en el Teatro de la Comedia.

El triunfo conquistado por Dicenta con su drama, fué definitivo y de los que consagran por completo el talento de un autor. *Juan José*, obra que parecía una planta exótica en el Teatro de la Comedia, logró dominar y apoderarse del mónstruo de las mil cabezas, electrizando al público que presenciaba la representación la noche del estreno.

El argumento del popular drama de Dicenta es harto conocido. *Juan José*, enamorado de *Rosa*, siente celos de ésta y de su patrón, el señor *Paco*. Al regresar de la obra donde *Juan José* trabaja, reúne en la taberna con su amigo *Andrés* para esperar á *Rosa* y *Toñuela*, cuando éstas salen de la fábrica.

Juan José refiere á *Andrés* su historia y da á conocer la pasión que siente por *Rosa*, su amante. Después abandonan la taberna.

Llegan *Rosa* y *Toñuela*, abatidas porque la falta de trabajo en la fábrica las va á tener quince días sin jornal, y mientras *Toñuela* se va á su casa, *Rosa* queda hablando con la seña *Isidra*. Háblala ésta de *Paco*, el maestro de *Juan José*, y dícela que en aquel momento está de juego con unas mujeres en un cuarto de la taberna. *Rosa*, despechada, pregunta si las mujeres son guapas, y la seña *Isidra* la responde que sí. Entonces oyen cantar una malagueña, mientras *Paco* sale á la taberna para pedir más vino. Al encontrarse con *Rosa*, invítala; ella se resiste, pero, al fin, accede á entrar en la habitación para cantar una malagueña y salir enseguida antes que la vea *Juan José*.

Apenas han desaparecido *Rosa* y *Paco*, llegan *Juan José* y *Andrés*. *Rosa* comienza á cantar y *Juan José*, loco de celos, empuja la puerta y llama incomodado á *Rosa*.

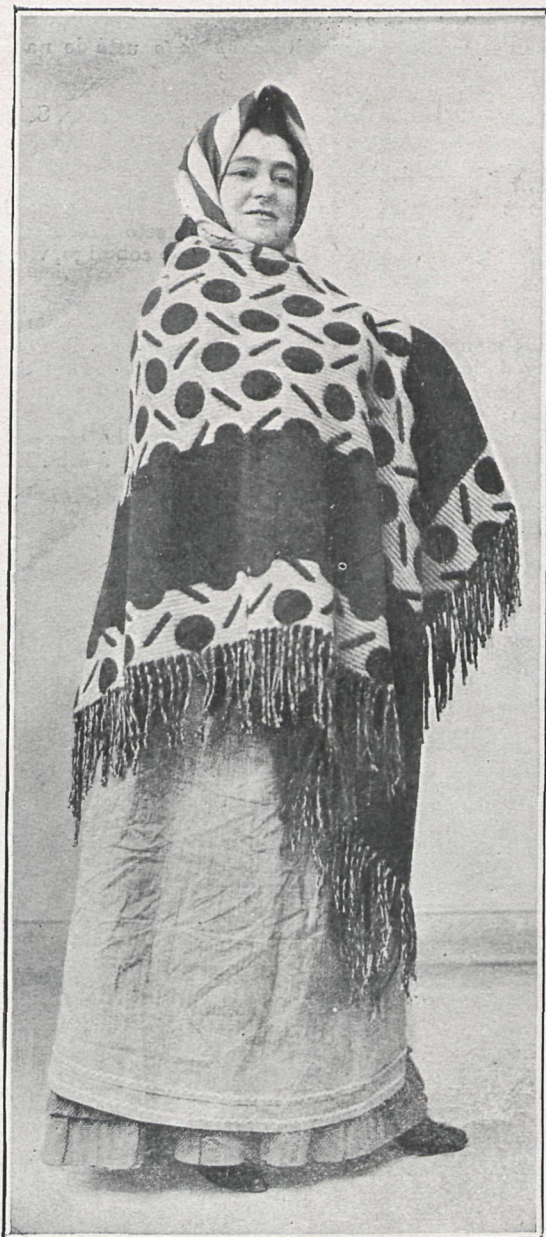
Todos los personajes entran en escena. *Juan José* tiene una explicación con *Paco*, y éste descubre francamente sus intenciones respecto de *Rosa*, diciendo á *Juan José*:—«Tentao estoy de responderte que tienes razón; que la quiero y que he de poder poco si no te la quito, aunque sea delante de tus ojos.»

Juan José entonces exclama:—¡«Quitármela!»—y dirigiéndose á los hombres que están conteniendo á *Paco*, añade:—«¡No sujetarle! ¡Pruebe usted! ¡A la calle, vamos...! Tú, *Rosa*, sal delante, y sal tranquila, y vé despacio!»—Después, colocándose en la puerta, dice á *Paco*:—«Esa mujer es la mía; la que yo quiero; y la quiero pa mí solo ¡solo! ¿Hay quien dice que desea quitármela? ¡Que pruebe!... Sola va. El que la quiera que salga por



SRTA. MATILDE PRETEL EN «EL CABO PRIMERO»

FOTOGRAFIA WITCOMB



Rosa (SRTA. MARTINEZ)

y le propone la fuga para aquella misma noche. *Juan José* recibe una carta de su amigo *Andrés*, en la que éste le revela la traición de *Rosa* que vive con *Paco* y no se acuerda para nada de su antiguo amante. *Juan José*, que ha vacilado antes de aceptar la proposición que le hiciera el *Cano*, decide por fin á huir con él, y termina el primer cuadro.

El cuadro segundo desarróllase en la casa donde *Rosa* vive con *Paco*.

Juan José ha logrado evadirse de la Cárcel y entra en la habitación de *Rosa*. El terror de ésta tiene límites. Llora y suplica inútilmente. Por último, oye ruido de pasos en la escalera. Es *Paco* que llega. *Juan José* corre á su encuentro cerrando la puerta al salir. *Rosa* pretende evitar el choque de los dos hombres. Momentos después entra de nuevo en escena *Juan José* pálido, desencajado. ¡Acaba de matar á *Paco*! *Rosa* se abalanza al balcón para pedir socorro, pero *Juan José* la detiene

ella. ¡Pero no olvide que tiene que salir por esta puerta; y que en esta puerta estoy yo!»

La escena, durante el acto segundo, se desarrolla en la vivienda de *Juan José*. La *señá Isidra* visita á *Rosa* y la ofrece algunas provisiones, mientras la dice que *Paco* espera que se decida á abandonar á *Juan José*. Este llega desalentado. Se encuentra sin trabajo y sin poder llevar á su casa un pedazo de pan. Al ver á la *señá Isidra*, la arroja de su casa, y cuando queda á solas con *Rosa*, después de un violento altercado, *Juan José* maltrata á su amante.

Pone fin á esta escena la llegada de *Toñuela* y *Andrés*. También éstos hallanse sin trabajo y no pueden favorecer á *Juan José* como quisieran. *Toñuela* consuela á *Rosa*; *Andrés* da ánimos á *Juan José*, y cuando nuevamente quedan solos *Juan José* y *Rosa*, aquél pide perdón á ésta por su arrebató, y al contemplar á su amante temblando de hambre y frío, *Juan José* adopta una resolución, y sin decir á *Rosa* lo que se propone, abandona su casa resuelto á procurarse los medios que necesitan para no perecer.

Juan José robó. Conducido á la Cárcel Modelo, hace conocimiento con un presidiario viejo, el *Cano*, que simpatiza con él



El señor Paco (SR. AMATO)

sujetándola por la garganta y tapándola la boca á fin de impedir que grite. Cuando la suelta, *Rosa* está muerta, y al enterarse *Juan José* de que ha sido él quien la ha quitado la vida, rechaza á *Andrés* que le dice que huya, exclamando con desesperación:—«¡Huir! ¿y pa qué voy á huir?—¿Qué libro con huir? ¡La vida! ¡Mi vida era esto (señalando á *Rosa*), y la he matao!»

Tal es, á grandes rasgos, el argumento de esta obra genial que ha colocado a su autor, D. Joaquín Dicenta, á la cabeza de los dramaturgos contemporáneos.

A continuación reproducimos algunas escenas de las que más impresión causaron en el público la noche de su estreno.

ESCENA VI

ROSA, ISIDRA, JUAN JOSÉ

J. JOSÉ.—¡Nada! ¡Nada!... Parece que el hielo de la calle se le ha metido en el corazón á los hombres, según lo tie-

ISIDRA.—¿Qué dices?

J. JOSÉ.—Que en jamás se ha *compadecío* usted de nadie sin su cuenta y razón.

ISIDRA.—¡Juan José!

J. JOSÉ.—Le tiene usted mucha ley á esta casa. Sobre todo, cuando no estoy yo en ella.

ROSA.—¿Te enfadas con la pobre después de lo que hace por mí...?

J. JOSÉ.—¡Por tí...! (Con sarcasmo). ¡Es muy buena la señá *Isidra*, muy buena! *Miá* si lo es, que solo procura por tu *felicidá*, y viendo que no la has *encontrá*o conmigo, viene á proporcionártela con otro. ¡Con Paco!

ROSA.—No hables así.

J. JOSÉ.—(A *Isidra*). ¿Imagina usted que ando ignorante de sus manejos? Pues estoy al cabo de la calle. Tan *enterao* vivo de lo que Paco trata con usted, como de lo que usted viene á hacer á mi casa.

ISIDRA.—Te equivocas; te juro que...

J. JOSÉ.—No jure usted en falso. Usted se ha *conchavao* con el otro pa engañarme á mí, pa convencer á ésta. Y la



JUAN JOSÉ.—ACTO I.—ESCENA I.—Ignacio (SR. VALENTÍN), Perico (SR. VILANOVA)

nen de duro y de frío pa mí. (A *Rosa*). ¿Qué me miras? Ya puedes suponerlo... No hay trabajo; no lo encuentro en ninguna parte; en ninguna!... ¿De qué sirve tener buena *voluntá* y buenos brazos y saber su oficio? ¿De qué?... ¡ni que el trabajo fuese una limosna, pa que á uno se lo nieguen! ¡Pues qué no hay más que condenar á un hombre á morirse de hambre ó á pedir por Dios! ¿Hay en esto justicia? Y si no la hay ¿por qué sucede? ¡Luego dicen que si los hombres matan y roban!... ¿Qué van á hacer?

ISIDRA.—Tén calma y ven á calentarte un poco, que hace mucho frío en la calle.

J. JOSÉ.—¡Calentarme! ¿Dónde? (A *Rosa*) ¿Cómo? ¿Tienes fuego?

ROSA.—Gracias á la señá *Isidra*, que me ha traído un poco de lumbre.

J. JOSÉ.—(A *Isidra*) ¡Ah! ¿Con que es usted la buena alma que se ha *compadecío* de nosotros?... ¿Y quién le ha *dao* á usted los dineros pa hacer la obra de *caridá*?

ocasión no es mala. ¡Saben *ustérs* que estamos en las últimas, que la desgracia nos tiene *apretáos* por el cuello, y se piensan que ella cederá, que yo bajaré la cabeza, porque el hambre es mal consejero del querer, y la miseria mala compañera de la honra; se figuran *ustérs* eso, y él se *achanta* y espera, mientras usted le ayuda y viene á robarnos lo único que nos ha *quedá*o, un poco de *cariño*...! Pues se equivoca él y se equivoca usted. No sé cuál es ó cuál será el *sentir* de *Rosa*... El mío... Hay algo que no me hará vender el hambre, la vergüenza.

ISIDRA.—(A *Rosa*). ¿Ves qué mal *pensao*, hija? (A *Juan José*). ¿Me tienes por capaz de favorecer á ésta con mala intención? ¡Jesús, María y José! No estás en tus *cabales*...

ROSA.—(A *Juan José*). ¡Parece mentira que la insultes, cuando viene á darnos su *miaja* de pobreza!

J. JOSÉ.—No la defiendas. ¡Mira que me resisto á dudar de tí, y si la defiendes voy á hacerlo! (A *Isidra*). ¡A usted...! Ya se lo he dicho; no quiero nada que de usted venga. Solo